



Discurso & Sociedad

Copyright ©2020
ISSN 1887-4606
Vol. 14(1) 142-167
www.dissoc.org

Artículo

En torno al término *universitario* en el discurso falangista de la II República (1933-1936)

Around the “universitario” term in the Falangist discourse during the Second Republic (1933-1936)

Miguel Soler Gallo
Universidad de Salamanca

Resumen

En este trabajo se realiza un estudio del término “universitario” por parte del movimiento Falange Española, que suele identificarse por la historiografía como el modelo de la ideología fascista en España, surgido en los años treinta del siglo XX. A fin de desmarcarse de las otras opciones políticas existentes en aquel momento, con las que no tenían ninguna afinidad, las voces autorizadas falangistas se empeñaron en otorgar un nuevo significado al término para adaptarlo a sus principios ideológicos y al sentido que debía tener la Universidad de acuerdo con el proyecto de construcción de un nuevo Estado de corte totalitario. Los jóvenes, que eran los encargados de salvaguardar los intereses de la patria de las manos enemigas, especialmente los universitarios, tenían la misión de crear una conciencia histórica necesaria para situar a España, de nuevo, en un lugar de influencia respecto a otras naciones del mundo, pues ellos, los falangistas, se autoproclaman herederos de esa tradición de conquista y evangelización que debían preservar para las generaciones futuras. Así pues, se trata de una de las palabras esenciales para comprender la lucha ideológica en aquel convulso período de la Historia de España. El período de estudio abarca desde la irrupción del movimiento falangista, en octubre 1933, hasta julio de 1936, cuando se desencadena la guerra civil española y es fusilado el líder de la organización falangista (en noviembre), esto es, la II República.

Palabras clave: Universitario, Falange española, conciencia histórica, análisis del discurso, fascismo, II República, imperio, patria, polarización, persuasión.

Abstract

In this work we will study the use of the term "universitario" (university student) by the Spanish Falange movement, which is usually identified by historiography as the model of fascist ideology in Spain, emerged in the thirties of the twentieth century. In order to demarcate from the other political options that existed at that time, with which they had no affinity, authorized Falangist voices insisted on giving a new meaning to the term to adapt it to their ideological principles and the meaning that the University should have within the construction of a new totalitarian State. The young people, especially university students, who were in charge of safeguarding the interests of the homeland from enemy hands, had the mission of creating a historical awareness necessary to position Spain, again, in a place of influence with respect to other nations of the world; they, the Falangists, proclaim themselves heirs of that tradition of conquest and evangelization that they should preserve for future generations. Thus, it is one of the essential words to understand the ideological struggle in that troubled period of the History of Spain. The study period extends from the irruption of the Falangist movement, in October 1933, until July 1936, when the Spanish civil war broke out and the leader of the Falangist organization was killed (in November), that is, during the Second Republic.

Keywords: “Universitario”, Spanish “Falange”, historical consciousness, discourse analysis, fascism, Second Republic, empire, homeland, polarization, persuasion.

Tema de estudio y objetivos de la investigación

El propósito del presente trabajo es el estudio del término *universitario* desde el punto de vista del movimiento de carácter mussoliniano Falange Española, que irrumpió en el panorama político español de los años treinta del pasado siglo. Como sucede en la actualidad, en el contexto de la España de la II República, cuando surge el movimiento, el término *universitario* gozaba de prestigio social y se le solían atribuir palabras como *progreso*, *apertura*, *desarrollo*, *libertad*; sin embargo, al pasar por el filtro de la ideología falangista, se rechazaban tales apreciaciones para asignarles otras como *imperio*, *jerarquía*, *raza*, *perfeccionamiento*. De esta manera, el adjetivo no identificaba tanto al individuo como miembro de una comunidad para la que debía trabajar por su bienestar desde su posición de intelectual, sino que el discurso falangista situaba el foco en la misión que tenía encomendada el sujeto –como heredero de un pasado heroico y espiritual– para reconducir a la nación española a su destino de influencia histórica, a su lugar de predominio en el mundo. El estudio del término *universitario* permite apreciar cómo, a pesar de que el movimiento falangista negara el concepto de clase social¹, se apostaba por configurar una aristocracia espiritual cuya función consistiera en servir de referente del correcto cumplimiento de la doctrina, y, a través de su ejemplo, instar a que las directrices fuesen asumidas por la masa.

Ciertamente, aunque nos ocupemos aquí solo del término *universitario*, Falange Española generó todo un glosario de palabras para adaptarlas al sentido que se quería imponer de lo que debía ser la vida social y política del país, con el propósito de que sus seguidores, militantes y simpatizantes, se sintieran cómodos con su utilización e identificados con lo que denotaban. Entre ellas: *España*, *Estado*, *Nación*, *Patria*, *Imperio*, *Hombre*, *Jerarquía*, *Clase*, *Religión*, *Ejército*. Este ejercicio de reubicar significados supuso una estrategia persuasiva para generar una conciencia de grupo que sirviera para establecer distancias con las otras opciones políticas. Como afirma Juan Felipe García Santos, en el lenguaje político es normal la utilización de las palabras para crear algún tipo de sugestión en el destinatario:

La característica primera y más general del lenguaje político es el hecho de que, en su conjunto, ofrece un predominio notable de lo que desde Bühler llamamos la “función apelativa”, por cuanto el mensaje político espera siempre producir un determinado comportamiento en la comunidad a la que va dirigido (1987: 91).

En primera instancia, el movimiento falangista pretendía agrupar, redirigir e imponer un programa político-ideológico a quienes se sentían seducidos por su retórica; pero, en última, quería llegar a toda la sociedad como masa. Las nuevas definiciones de las palabras seleccionadas por el movimiento, constituían, como afirman Perelman y Olbrechts-Tyteca, un “instrumento de las disociaciones racionales”, puesto que una nueva definición siempre será “una elección” (1989: 680), o sea, una definición ideologizada, partidista. Esto quiere decir que, en el caso del término *universitario*, la definición que se elaboraba servía para separar a “ellos” de los “otros”, y, esta modificación de ideas pondría de relieve “el único sentido de la noción o el único razonable” (*Ibíd.*).

El objetivo del estudio es, por consiguiente, analizar las diferentes apreciaciones que Falange Española otorgó al término *universitario* en el período de estudio seleccionado, el cual va desde 1933 hasta 1936. Por un lado, el año de inicio se justifica porque es cuando el movimiento se funda, concretamente, el 29 de octubre, y, por lo tanto, la ideología fascista va tomando forma y asentándose en España, y, por otro, para el cierre, llegamos hasta el año en el que suceden dos acontecimientos que cambian, para siempre, el devenir del país y la historia del movimiento falangista: uno es el comienzo de la guerra civil española y el otro es el fusilamiento del líder-jefe, José Antonio Primo de Rivera por parte del gobierno republicano, el 20 de noviembre. Este trienio corresponde, pues, al tiempo que tuvo el movimiento para darse a conocer en la sociedad española, cuando sus principios aún estaban en un estado embrionario. El general Francisco Franco, tras el decreto de unificación de abril de 1937, mediante el cual se agrupaban las fuerzas de derechas o contrarias a la República, necesarias para hacerse con la victoria en la guerra (Preston, 2011), utilizó la ideología falangista para legitimar su proyecto dictatorial. A pesar de que, en un principio, la absorción fue bien vista, no faltaron falangistas de primera hora, o “auténticos”, que fueron renegando de tal maniobra al considerar que los principios fundacionales habían sido adulterados, de forma que seguirían subsistiendo en una especie de resistencia silenciosa contra el régimen (Gracia, 2004). La acotación temporal se sustenta, además, en el criterio de varios historiadores que han indicado que Falange, a partir del decreto de unificación, perdió influencia y, como movimiento de inspiración fascista, tuvo una evolución similar a la de otros fascismos internacionales, los cuales tuvieron su declive al finalizar la II Guerra Mundial. No debe olvidarse que el régimen franquista se denominó, hasta que concluyó, Movimiento Nacional, y estaba sustentado en dos pilares: el Ejército y la Iglesia

(Moradiellos García, 2000: 20-23)². En consecuencia, los años que tratamos son los que conciernen a Falange Española como movimiento independiente y de cariz fascista.

Por lo comentado, en trabajos de esta naturaleza, cuyo objeto sea definir conceptos en relación con la época en la que surgen o se resignifican, si se encuadran en la España del siglo XX, el período de la Falange originaria, o joseantoniana, debería tenerse en cuenta al margen del franquismo, ya que, aparte de que es anterior, surge durante la II República, un tiempo democrático que permitía la confrontación política directa con las demás opciones ideológicas. Por ello, resulta interesante apreciar las diferencias de sentido que las palabras fueron adquiriendo. Precisamente esto es lo que perseguimos con el estudio del término *universitario*, teniendo en cuenta que Falange Española brotó de los pasillos de las facultades, especialmente de la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Madrid.

Metodología

El método seleccionado para llevar a cabo esta investigación es semejante al que Rebollo Torío (1978) y García Santos (1980) siguieron en sus trabajos *Vocabulario político, republicano y franquista (1931-1971)* y *Léxico y política de la Segunda República*, respectivamente: analizamos el término a la luz de las opiniones y manifestaciones vertidas sobre él en los años referidos, y desde las coordenadas ideológicas de Falange Española. Se trata, igualmente, del método empleado en el *Diccionario político y social del siglo XX*, dirigido por Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes (2008). En este *Diccionario* no se incluye el término *universitario*, aunque sí el de *intelectual*, que, para este trabajo, posee connotaciones distintas, como veremos.

El hecho de que el período de tiempo acotado sea breve concede cierta homogeneidad a la hora de efectuar el análisis sincrónico del término, que, además, posee relevancia por la significación de los acontecimientos históricos que atravesó el país. También, la cercanía a ese pasado permite hacer la aproximación al tema con documentación auténtica de la época con relativa facilidad.

Para ello, hemos hecho una lectura exhaustiva del semanario *Haz*, que fue el órgano oficial del Sindicato Español Universitario (SEU) y que, en su primera época –desde el 26 marzo de 1935 hasta el 14 de febrero de 1936–³, sentó las bases del papel que el universitario debía ejercer en la sociedad, al igual que publicó en sus números el sentido que el término tenía que poseer en

consonancia con el espíritu falangista. Los números del semanario, un total de catorce, de extensión variada (8, 14 y 16 páginas), representan la fuente técnica indispensable para nuestra investigación, pues en ellos se halla el material disponible sobre la significación que se le concede al término *universitario* desde la ideología falangista. Sobre este aspecto, hemos seleccionado los textos en función de su utilidad para justificar la base teórica del término.

Asimismo, hemos revisado los discursos de José Antonio Primo de Rivera, así como otros estudios históricos sobre el período para apoyar este trabajo, y hemos recogido aquellos que aluden a esta cuestión. Por último, atendemos a diversas características del discurso político-ideológico, como las estudiadas por Teun van Dijk y otros autores, para desentrañar la maniobra de persuasión que, desde los órganos de poder falangistas, se emprendió para mantener el control social a través de las palabras, en nuestro caso particular, por medio de la resignificación del término *universitario*, en el que se condensaba buena parte de la doctrina de Falange Española.

Marco teórico: Falange Española y Universidad

Al abordar la introducción de las corrientes fascistas en España hay que tener en cuenta dos organizaciones que surgieron antes de Falange Española. En un primer momento, se conforman las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (JONS), de Ramiro Ledesma Ramos, y las Juntas de Actuación Hispánica (JAH), de Onésimo Redondo, las cuales terminaron siendo absorbidas por las primeras. Además de estar integradas por trabajadores, estudiantes, campesinos e intelectuales, su ideario se basaba en la defensa de un sindicalismo revolucionario, un exacerbado amor por la tradición heroica y espiritual de España y un fuerte apego a la doctrina católica. Las JONS se agrupaban en torno al semanario *La conquista del Estado* y, de acuerdo con el pensamiento de su cabecilla, los integrantes seguían fielmente las teorías mussolinianas. Por su parte, las JAH tenían un carácter eminentemente agrario y anhelaban una insurrección nacional contra el gobierno de la II República, pero no para reimplantar la monarquía, sino para realizar una conquista del Estado de corte corporativista. Ambos sectores, anticapitalistas y anticomunistas, constituyeron, ya fusionados, el primer embrión del fascismo español. De otro lado, el 29 de octubre de 1933 se celebró en el Teatro de la Comedia de Madrid un acontecimiento de especial trascendencia denominado “Acto de Afirmación Española”, que pasó a ser considerado por la historiografía como el mitin fundacional de Falange Española, que lideraba José Antonio Primo de Rivera.

La afinidad ideológica existente entre jonsistas y falangistas motivó su fusión el 15 de febrero de 1934, lo cual dio lugar al nacimiento de Falange Española de las Juntas Ofensivas Nacional Sindicalistas (FE de las JONS). Al poco tiempo, Ramiro Ledesma se distanció de Primo de Rivera; no así Onésimo Redondo, que permaneció junto a él, pese a que las JONS fuesen, a partir de la fusión, nada más que Falange Española.

La situación convulsa a nivel político y social que se vivía en España en los años treinta propició que este movimiento iniciara la lucha para la conquista del Estado, para hacer de él un Estado totalitario (Saz Campos, 2003 y 2004; Gallego Margalef y Morente Valero, 2005; Mainer, 2013; Gallego Margaleff, 2014). Desde la visión del fascismo español, el país había perdido su rumbo debido a teorías provenientes del extranjero, sobre todo de Rusia, que defendían el materialismo sobre el sentido cristiano de la vida. Establecían los fascistas que la familia era el pilar sobre el que se debía sustentar la sociedad y presentaban la unidad territorial como concepto incuestionable⁴. En realidad, los falangistas se consideraban enemigos de todo el que no profesase sus creencias, no solo los de izquierdas. Por ejemplo, rechazaban enérgicamente ser de derechas. En el discurso fundacional decía José Antonio Primo de Rivera:

El *movimiento* de hoy, que no es de *partido*, sino que es un movimiento, casi podríamos decir un *antipartido*, sépase desde ahora, no es de derechas ni de izquierdas. Porque en el fondo, la derecha es la aspiración a mantener una organización económica, aunque sea injusta, y la izquierda es, en el fondo, el deseo de subvertir una organización económica, aunque al subvertirla se arrastren muchas cosas buenas (Discurso de la fundación de Falange Española. 1933. O. C.: 192).

La cuestión estaba en el término *partido político*, que llevaba implícita una visión sesgada de la realidad en función de la ideología, de ahí que se optara por el de *movimiento* para darle una visión global y totalizadora a España. No es que el fascismo español apostase por ser *apolítico*, sino que sus ideólogos se mostraban a favor de prescindir de cualquier etiqueta que no contemplara el país de manera trascendente, algo propio de un Estado totalitario. Para Falange, los socialistas, los anarquistas, los de derechas y los comunistas quedaban definidos de la siguiente forma (Trabajadores. *F. E.*, 10, 12 de abril de 1934, 5):

Socialistas. Favorecían a los bancos y grandes empresas financieras y arruinaban a los industriales y agricultores.
Anarquistas. Descerebrados porque el mundo no sabe existir sin un Estado. La falta de Estado produce falta de enseñanza, de higiene, de comunicaciones.
Derechas. Condescendientes con la burguesía y el capitalismo.

Comunistas. Traidores porque seguían el modelo ruso, militarista, opresor, tiránico en el que cada hombre no es sino una pieza esclava de un mecanismo terrible.

Eran los comunistas, sobre todo, los que se llevaban la peor parte y quienes recibían la distinción de ser los principales enemigos de España (Soler Gallo, 2019).

En esta especie de demanda enérgica de Falange Española con vistas a poner fin a los problemas de España, era elemental dar el paso a una juventud que estuviese libre de contaminación política para que lograrse preservar la patria “de los fines bastardos de los *rojos* que seguían indicaciones tenebrosas del extranjero” (Nuestro fin. *Haz*, 1, 26 de marzo de 1935, 5)⁵. El elemento juvenil no fue exclusivo de Falange, sino que fue compartido por muchos partidos de entonces. De forma general, puede hablarse de Juventudes Socialistas (JS), Juventudes Comunistas (JC) o Juventudes de Acción Popular (JAP). Sin embargo, lo que diferenciaba a estas juventudes de la falangista es que, en Falange, era necesario ser joven para formar parte del movimiento, ya que se excluían a las generaciones precedentes por haber propiciado la pésima situación en la que se hallaba el país; es decir, la juventud no conformaba una sección dentro del grupo de militantes, como sucedía en las organizaciones políticas citadas. El propio Primo de Rivera encargó esta misión a los jóvenes: “Llevar a cabo la edificación de la España entera, armoniosa; por sí misma, por la juventud misma que la siente y entiende, sin intermediarios ni administradores” (Juventudes a la intemperie. *Arriba*, 18, 7 de noviembre de 1935, 2). Esta nueva juventud tenía que ser formada en ideales falangistas, pues las demás juventudes se encontraban corrompidas: “Juventud debería ser *vigor, energía, vitalidad, ímpetu arrollador, cerebro y músculo* de todos los actos, y no es más que *pobreza, decadencia, podredumbre, miseria de espíritu*” (Zavala, 1936: 5).

Dentro de la juventud destacaba el sector universitario. A las pocas semanas de fundarse Falange Española, se instituía el Sindicato Español Universitario (SEU) en la Facultad de Derecho de Madrid, en el denominado entonces Caserón de San Bernardo, concretamente, el 21 de noviembre de 1933. En aquel tiempo, fue complejo distinguir la acción del SEU de la de Falange (Carreras Ares y Ruiz Carnicer, 1991; Ruiz Carnicer, 1996). Para uno de los principales seuistas, David Jato, este binomio quedaba descrito con las siguientes palabras: “No es muy aventurado decir que el SEU nació el 29 de octubre de 1933. El SEU es inconcebible sin la Falange, y la Falange, si atendemos a su constitución humana, nacía con un inconfundible eco juvenil y

universitario” (1953: 62). El SEU nació con el propósito de introducir la propaganda falangista en la universidad y hacerse con su control.

Para ello, se promovía la lucha violenta para erradicar a la otra gran asociación estudiantil, legitimada por el gobierno republicano, la Federación Universitaria Española (FUE), nacida en 1927 de las luchas estudiantiles contra la dictadura de Miguel Primo de Rivera, y los grupos católicos, muy arraigados en las facultades de Derecho y Medicina.

Los falangistas universitarios se agrupaban en torno al semanario *Haz*, cuyo título significaba la unificación de lo genuino español en junta de ofensa y defensa contra los enemigos de España, bajo el símbolo del yugo y las flechas de los Reyes Católicos, aunque también era el imperativo del verbo *hacer*, por lo que se estaría indicando la necesidad de dar el paso a la lucha directa.



Fig. 1. En su deseo de controlar la Universidad, un representante del SEU se dispone a enterrar a otras organizaciones estudiantiles, entre las que están la FUE y la JAP, simbolizadas en forma de chacal. Imagen tomada de *Haz* (9, 12 de octubre de 1935, 11).

Son, por tanto, estos universitarios los que conforman el núcleo inicial de la Falange, el grupo más revolucionario y de quienes parten en buena medida los ataques al enemigo. Esta aura de elegidos que parecían irradiar los jóvenes, no exenta de misticismo, se podía explicar también por el hecho de haber sido hijos de la Primera Guerra Mundial, lo cual pudo haberles hecho sentir, en su ánimo infantil, las disputas y las tensiones de aquella sociedad dividida entre aliadófilos y germanófilos. Como muestra, véase el siguiente fragmento:

Nuestro padre suele ser un buen amigo del orden, *liberalote* y magnífico discutidor en la mesa del café. Acostumbrado a la política, *parlamentaria, tranquila y mullida*, no quiere comprendernos, y en su loco amor por nosotros, no concibe el que podamos dejar las comodidades y placeres de nuestros veinte años –o nuestros quince, o nuestros veinticinco– por rompernos el alma por las calles (La juventud, los mayores y la Falange. *Haz*, 7, 19 de julio de 1934, 4).

Los falangistas pensaban que la política y la intelectualidad de su época atrofiaban a la gente la sensibilidad por su historia, por sus tradiciones, por su cultura y por el sentimiento patrio. Con la idea de profundizar en la relación Falange y Universidad y comprender con mayor precisión el modo universitario que se exaltaba y las enseñanzas que debían promoverse, exponemos los fines del SEU⁶:

1. Fomentar el espíritu sindical entre los estudiantes, teniendo a la sindicación nacional, única y obligatoria.
2. Exaltar la intelectualidad profesional dentro de un sentido profundamente español para hacer resurgir el pensamiento nacional que en un tiempo tuvieron las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares.
3. Relacionar las distintas especialidades y fomentar la unión, el compañerismo y la compenetración de trabajo entre los estudiantes para el logro de los fines puramente profesionales.
4. Crear, mantener y promover servicios mutuales y de asistencia.
5. Laborar por la enseñanza única del Estado.
6. Extender esta organización a las demás poblaciones españolas por centros universitarios.
7. Hacer asequible la enseñanza a todo español capacitado.

En el tiempo que abarcamos, las consignas y las directrices iban dirigidas al varón. José Antonio Primo de Rivera nunca vio con buenos ojos la participación de la mujer en la política por el componente violento que llevaba implícito su organización. Sin embargo, esta reticencia no pudo hacerla extensiva a la que provenía de la Universidad y quería afiliarse a Falange, ya que, en el contexto de la II República, las puertas de la Universidad estaban

abiertas al sexo femenino, al tratarse de una de las épocas de mayor tolerancia en este sentido. Por lo que, en principio, las pocas mujeres que hubiese y tuviesen interés en el movimiento serían toleradas, siempre que se agrupasen en torno al Sindicato Español Universitario.

Aunque el concepto *universitaria* para el movimiento falangista sea materia de otro estudio, es conveniente señalar que, antes de que José Antonio Primo de Rivera autorizase a su hermana a que diera forma a la Sección Femenina en junio de 1934 (en diciembre de ese año se aprobaron los Estatutos), después de que este viera adecuado para su proyecto monopolizador incluir a la mujer, aunque en un segundo plano (Gallego Méndez, 1983; Sánchez López, 1990; Richmond, 2004), hubo mujeres falangistas en el SEU, dato que no siempre se tiene en cuenta. Y debe tenerse porque estas mujeres universitarias nunca estuvieron convencidas del papel secundario del sexo femenino en la sociedad que divulgaba la Sección Femenina, sino que apostaron por una modernidad moderada, que aunara la domesticidad con la inteligencia, lo cual, para aquella época y bajo aquellas coordenadas ideológicas, supuso una transgresión de los dogmas falangistas. Ayudaba a ello el marco de la II República, y costó mantenerlo después de la guerra, ya bajo una dictadura restrictiva con la libertad femenina⁷.

Ser *universitario* desde la óptica falangista: la fascistización del término

En el discurso falangista, para resaltar la distancia con las opciones políticas existentes en su tiempo, se transmitía con asiduidad la tesis de que la situación de España no sería tan alarmante si se dispusiera de una intelectualidad que produjera pensamiento en torno a los conceptos trascendentales que desde su ideología se defendían: la unidad de España, la superación de clases, la erradicación de los partidos políticos y la defensa de la familia tradicional. Y, en este sentido, si había que emplear la violencia para la consecución de tal fin, quedaba legitimada. Es entonces cuando urge la necesidad de definir lo que debía ser el *universitario*, porque es la misma España la que necesita de esta figura. Así, destacamos dos ejemplos, el primero de ellos tomado de José Antonio Primo de Rivera, y el segundo, de otro de los fundadores de Falange:

- (1) España necesita con urgencia una elevación en la media intelectual: estudiar es ya servir a España (Derecho y Política. *Arriba*, 21, 28 de noviembre de 1935, 2).

- (2) De la Universidad tienen que salir hombres nuevos, empapados de España, rebeldes y audaces, dispuestos a tomarlo todo, pero dándolo todo antes; tienen que salir los nuevos conquistadores de España (Ruiz de Alda, 1935: 3).

De ambos ejemplos podemos deducir que el objetivo no era dirigirse a todos los universitarios por igual, sino a los adoctrinados por Falange, a fin de generar una conciencia de grupo. De manera que la presencia en el discurso falangista del adjetivo *universitario* daba pie a la activación de una de las características del lenguaje político-ideológico: el juego de opuestos. Para el movimiento falangista, frente a los partidos de izquierdas o las corrientes de pensamiento existentes durante la República provenientes del comunismo, sus principios hacían ser a sus militantes y seguidores “auténticos españoles”, por ser herederos y custodios de aquellos episodios que situaron a España a la cabeza de las demás naciones del mundo, debido al afán descubridor y evangelizador de sus hombres, y que originaron uno de los imperios que más tiempo se sostuvo. De modo que los falangistas, desde el momento en el que aparecen en la escena política española, se autoproclaman *españoles, patriotas*, defensores de la *unidad, espirituales, hombres-viriles*, y los “otros”, por el contrario, son *antiespañoles, traidores, bastardos, antipatriotas, secesionistas, materialistas, afeminados, cobardes*:

- (3) No queremos en nuestras filas ni afeminados ni cobardes. Somos jóvenes nacionales y revolucionarios” (Consigna. *Haz*, 1, 26 de marzo de 1935, 3).

Por derivación, los primeros representan la *estabilidad* del presente y del futuro y la *armonía* con el pasado, y los “otros” encarnan la *pesadumbre*, la *inestabilidad* y el *desligamiento* de la tradición. Como indica van Dijk (1996: 32-33), esta división entre “unos” y “otros”, o “buenos” y “malos”, produce otro fenómeno típico de este tipo de lenguaje, la polarización, que implica que el grupo “autoglorificado” realice descripciones positivas de sí mismo y asocie con su modo de actuar todo lo que se identifica como “bueno”.

Los universitarios no falangistas poca utilidad poseían para la España que pensaba proyectar el movimiento, ya que, como los políticos, se posicionaban a favor o en contra de los planteamientos según su afinidad ideológica. Los falangistas universitarios, esto es, “ellos”, frente a los “otros”, se mostraban convencidos de ser los únicos hombres capaces de rescatar y salvar a la patria del precipicio al que había sido abocada por parte del gobierno republicano y los grupos afines. Se autoglorifican en el discurso y demonizan a sus

adversarios ideológicos. Los “otros” siempre significarán lo “malo”, lo perverso, aquello de lo que hay que huir.

La acción de plasmar las diferencias entre ambos grupos crea, siguiendo a Domenach (1986) “la regla del contagio”, esto quiere decir que lo que es denigrado siempre será respaldado por una colectividad, puesto que a lo que es alabado se llega a través de ideas y propuestas que agradan. En cambio, lo que es denigrado se presentará de forma exagerada y desfigurada para crear el rechazo. De manera que una idea alabada o rechazada irá encadenando sentimientos positivos y negativos, por contagio, según el interés del emisor⁸. Y “ellos”, los falangistas, son autodenominados “los salvadores” de la patria, que necesitan del grupo universitario para dar credibilidad y sustento intelectual a sus manifestaciones. Por lo tanto, a priori, si ese es el estandarte bajo el que se cobijan, nada malo habría que temer, puesto que si aspiraban a salvar era porque existía un peligro, un riesgo de caer en el abismo. Y, para una sociedad de nivel cultural medio, e incluso bajo en muchas zonas, el mensaje persuasivo que transmitían llegaba y podía convencer.

ESTUDIO Y ACCION



Fig. 2. Imagen que representa la dualidad del hombre falangista, universitario y guerrero. El joven, en la mano derecha, sostiene un libro, y en la izquierda, un arma, para simbolizar la doble faceta de estudiante-soldado (*Haz*, 6, 15 de julio de 1935, 1).

Intelectual no es lo mismo que universitario en el sentido que le damos en este trabajo, ya que *intelectual* es aquel que ya tiene una formación, una sabiduría adquirida, y *universitario* es quien está formándose para alcanzar esa sabiduría, por lo tanto, si se pretende, aún es posible orientar su pensamiento hacia una determinada dirección, o manipular su conducta. Santos Juliá, a la hora de definir el término *intelectual* para el *Diccionario político y social del siglo XX*, considera que, en los años treinta, para el sector conservador, en el que se encontraban monárquicos, católicos y fascistas, “los intelectuales eran los enemigos”, y, específicamente, señala que la Institución Libre de Enseñanza⁹ era el “cáncer que corroe a la Universidad, secta que lleva a cabo una campaña antinacional porque pretende destruir las ideas religiosas, nido de masones y extranjerizantes; que su propósito consistía en descotolizar España” (2008: 698). Y Falange, como el resto de las opciones opuestas, quería reconquistar las posiciones en la Universidad y, desde su visión, formar intelectuales con sentido patriótico, tradicional y nacional.

Aparte de defender cuestiones que iban en contra de lo que Falange entendía como propio de España, de lo genuinamente español, los universitarios afines al gobierno republicano, o contrarios a “ellos”, pasaban el tiempo, cuando no estaban en las aulas, en tertulias, cafés, en un ambiente bohemio de alcohol y tabaco. Por el contrario, la actividad que patrocinaba el movimiento para después de la Facultad era el deporte, sinónimo de buena salud para España. Mediante el empleo de la presuposición (van Dijk, 2008: 125-126), el discurso falangista, cuando se refería a la juventud universitaria, reflejaba dos tipos, una juventud expresada explícitamente, intelectual, deportiva, *sana*, es decir, “ellos”, y la “otra” *enferma*.

Al contrario que el bar o el espacio cerrado, el ejercicio físico conllevaba la salida al exterior, al contacto con la Naturaleza, que producía beneficios psíquicos en cuanto a que ayudaba a discernir lo falso y desechable que poseía la vida:

- (4) Ahora se encuentra frente al local cerrado y de atmósfera dañina, el culto al aire libre; frente al alcohol y otros excesos, la sobriedad y el cultivo del músculo; frente a la inactividad orgánica un hambre de sol y aire puro que limpia los pulmones y lleva al organismo a un estado de perfecto equilibrio (González Escudero, 1935: 22-23).

José Antonio Primo de Rivera expresaba su satisfacción ante el hecho de que los jóvenes universitarios empezaran a interesarse por el deporte, porque era una manera de mostrar, de cara a la opinión pública, que Falange apostaba por

una vida sana. Así lo expresó en la clausura del II Consejo Nacional del SEU, en diciembre de 1935:

- (5) Los estudiantes de hoy se adiestran en el deporte, estudian –que es lo que parecería más irrealizable– y no se entristecen ni se marchitan en los sórdidos antros de esparcimiento que rodean a la calle de San Bernardo” (Clausura del II Consejo Nacional del SEU. Arriba, 25, 26 de diciembre de 1935, 4).

La polarización, falangistas y no falangistas, era puesta de manifiesto, en este caso, en un nuevo juego de opuestos: taberna, bar, antro frente a naturaleza; alcohol, toxinas frente a aire puro; inactividad frente a ejercicio.

La fusión *universidad y deporte* debía entenderse desde la perspectiva cristiana, es decir, la Falange lleva a cabo un proceso de “cristianización” del concepto *deporte*. En contraposición a la cultura clásica, que destacaba por la idolatría del cuerpo, el cristianismo abre fronteras y lucha por la liberación del alma. Así, se ponía en entredicho la conocida expresión: “*Mens sana in corpore sano*”, puesto que la inteligencia no representaba al alma, ni su perfección llevaba aparejada la de esta. Los clásicos entendían que una inteligencia ordenada armonizaba el cuerpo, una teoría que negaban los falangistas. La introducción del sentido cristiano en el deporte superaría la diatriba intelectual / deportista. Falange Española proponía llevar el ascetismo de los primeros cristianos a la práctica del deporte, a fin de domar la carne para liberar al espíritu de sus ligaduras. En palabras de Melchor Fernández Almagro: “Una ascética del ejercicio físico consideraría al cuerpo ni cual enemigo ni cual ídolo, sino instrumento cuyo perfecto dominio es poderosa ayuda de la liberación del alma” (Fernández Almagro, 1935: 11).

La Universidad y el deporte eran los únicos medios para forjar esa especie de aristocracia espiritual o *raza* mejorada. Si el movimiento falangista no poseía la cuestión antisemita demasiado marcada entre sus ejes temáticos, lo que parecía distinguirlo del nazismo, y tampoco creía en las diferencias entre clases sociales, en virtud de la idea de unidad en la jerarquía ya apuntada, sí eran propios del discurso falangista el intelecto, para incentivar el amor patrio, y el deporte, como vehículo de superación y perfeccionamiento del espíritu. El médico Ramón y Cajal se preocupó de expresar, en este sentido, una puntualización importante: “Es deporte cuando no va encaminado a producir *ases*, sino a elevar la *robustez* de la *raza*” (cit. de Jato, 1935: 7). De estas palabras, los falangistas matizarían el significado de *as* con el valor de vencedor, triunfador, para transmitir una interpretación del deporte que lo

alejara del factor competitivo, que parecía llevar de forma intrínseca. Así lo expresaba David Jato:

- (6) El *as* no debe ser malo si es consecuencia de la vigorización de la *raza*, y no se le debe abandonar, sino pulir sus actitudes; el *as* representa en el deporte lo que el jefe a la milicia, lo que el héroe a la causa, y en la Falange queremos *ases*, queremos jefes, queremos héroes (1935: 7).

La capacidad de liderazgo en Falange estaba bien vista en el sentido de demostrar dotes de mando, voluntad de querer luchar en política para devolver a España sus señas tradicionales de identidad. Tanto la Universidad como el deporte, unidos en esta dirección, concebirían generaciones más vigorosas, pues aquella de su presente estaba demasiado combatida por los prejuicios y torturas de su falsa idea de política. Las generaciones educadas en los principios falangistas serían educadas también en los principios que regían la verdad de la vida, esto es, la verdad falangista, después de haber rechazado cualquier otra versión de la realidad, y serían capaces de elaborar la obra del progreso humano, siempre con el cobijo del Estado, que intervendría solventando males para resituar a la nación española en su destino.

De otro lado, estaban los encargados de educar y formar, o sea, los profesores, a los que, de la misma manera, había que adoctrinar para que sus enseñanzas, inspiradas en la doctrina falangista, calasen hondo en el ánimo de los jóvenes universitarios. El escritor Rafael Sánchez Mazas, ideólogo y miembro fundador de Falange, decía:

- (7) Para la conquista de la Universidad hay que coger toda la *semicultura* positivista, burguesa, *liberaloide*, *seudopatriótica* y *seudocatólica*, árida, fragmentaria, utilitaria, vacía de grandes esencias [...] Nuestro modelo es la cultura magistral, popular, universal-católica del Imperio español (Sánchez Mazas, 1935: 3).

Es interesante resaltar los adjetivos descalificativos que emplea Sánchez Mazas para identificar al enemigo y rechazar cualquiera de sus actuaciones, específicamente, los compuestos por los prefijos semi- y seudo- y el sufijo -oide, que poseen una clara intención peyorativa, al ser colocados junto a términos importantes para el contexto de la España de los años treinta, anterior a la Guerra Civil: *cultura*, *patriótica*, *católica*, para aludir a la falsedad que sobre tales conceptos se difunde; y *liberal*, para expresar directamente burla, algo que no llega a ser lo que se pretende o lo que se vende, y que, por tanto, resulta nocivo. El movimiento falangista solo cree en un estilo de Universidad: nacional, católica y tradicional.

El ser universitario, para Falange, era una condición muy preciada, ya que se le suponía al individuo una alta capacitación intelectual al consagrar su existencia al mundo de la ciencia y del conocimiento, a la vez que se distanciaba de los aspectos mundanos. Así se describía en *Haz*:

- (8) Consagrarse a la ciencia no es, desde luego, alistarse en el grupo de los sabios distraídos o medio tontos, ni siquiera esforzarse en saber muchas cosas. Lo que le importa al universitario es conocerlas bien; en el sentido más preciso de la palabra: identificarlas (Universitarios y falangistas. *Haz*, 1, 26 de marzo de 1935, 1).

El hombre universitario debía ser *ascético*, siguiendo la corriente filosófica que mejor encajaba con el espíritu que Primo de Rivera quería darle a su movimiento, como puede verse en los siguientes ejemplos:

- (9) Tenemos que adoptar, ante la vida entera, en cada uno de nuestros actos, una actitud humana, profunda y completa. Esta actitud es el espíritu de servicio y de sacrificio, el sentido ascético y militar de la vida (Discurso de la fundación de Falange Española. 1933. *O. C.*, 194).
- (10) Falange y Universidad se abrazan y se entienden en una común voluntad ascética. Por eso fue tan rápido y tan fecundo su entendimiento (Universitarios y falangistas. *Haz*, 1, 26 de marzo de 1935, 1).

En la dedicación a los estudios y en el deporte, como actividad extracadémica, Falange se aproximaba a la *ascesis*, ya que se compartía la creencia de que tenían que ser prácticas que el sujeto realizara sobre sí mismo y en las que la autoridad de otro se hacía necesaria: un mando-guía. Del mismo modo, el ascetismo es un camino que seguía una dirección ascendente en dificultad, graduándose esta a través del sufrimiento de la persona, que iba pasando así de estadio y, al mismo tiempo, midiendo su capacidad de resistencia. Se trataba de un ejercicio que implicaba un reto, un desafío personal. De manera que el espíritu universitario, el deportista y el falangista parecían coincidir: esfuerzo personal, sacrificio, atención a una voz autorizada; en definitiva, itinerarios formativos por los que había que transcurrir para lograr el beneficio esperado, aunque nunca fuera suficiente.

En el caso del lenguaje falangista, aunque esto podría extenderse a cualquier tipo de lenguaje totalitario, no existía interés por presentar lo que ellos eran de forma suavizada (como podía hacer un partido político democrático), porque, de lo contrario, en este supuesto, sí que podría despertar ciertas reticencias en un receptor menos persuadido, por aquello de que la virulencia en el lenguaje no es un rasgo identificado con la democracia. Falange

Española apuesta por mostrar su fuerza combativa, su idealismo desaforado que le conducía a exteriorizar su intolerancia y a criticar las numerosas características perjudiciales del grupo contrario. Tal y como indica Lutz Winckler (1976: 36), en el lenguaje fascista, y Falange se inspiró en muchos motivos del fascismo italiano, son comunes las aseveraciones lapidarias y concentradas con las que erradicar cualquier duda sobre la viabilidad de sus propuestas. Este tipo de lenguaje, según este autor, conformaría “un estilo ritualizado”, que se caracterizaría por el uso de un modo argumentativo con expresiones tautológicas que tienen como función redundar en la misma idea que se quiere imponer. Por medio del reproche y de la antítesis (ellos-crítica / nosotros-propuesta), se impediría la capacidad de reflexión de la ciudadanía a la que se refiere y se quiere controlar. Asimismo, este estilo provoca, en palabras de Adorno (1971: 13), que palabras que pueden resultar sencillas parezcan especiales fuera de su contexto, o sea, insertadas en un discurso de carácter político, “como si dijeran algo más elevado de lo que significan”. Y, en nuestro contexto, el adjetivo *universitario* pasó a significar realidades mucho más trascendentales, producto de un movimiento político-ideológico opuesto a la democracia, al sistema de elecciones y a los partidos políticos.

Para que la correlación entre palabra e individuo fuese eficaz y, por tanto, aquella persuadiera, se necesitaba que el texto y el contexto estuvieran imbricados (van Dijk, 1997). Esta característica resulta fundamental en los discursos totalitarios, pues se trata de crear un estado de incontestabilidad ante lo que se expone, como si se tratase de auténticos dogmas de fe. Por eso se debe partir de la base de que, para que la conducta del receptor sea modificada con lo que este lea u oiga, se necesita estar predispuesto a recibir la información o el nuevo significado otorgado a las palabras. Esto quiere decir que el individuo tiene que acudir, libre o convencido, a mítines y a conferencias para escuchar los términos insertados en el contexto falangista, o consumir otro tipo de propaganda, por ejemplo, a través de revistas y otras publicaciones escritas en las que aparezcan estos términos, como en este caso sucede con el semanario *Haz*.

No obstante, no se trata de comprender lo que se dice, sino de afianzar el pensamiento, ya que el individuo predispuesto tendrá interiorizada la base que se requiere para vincular los textos a su modo de entender la realidad, que debe ser algo compartido por la masa adoctrinada (van Dijk, 1997: 72).

De Santiago-Guervós habla del condicionante del sometimiento del receptor para que la voz de la autoridad sea efectiva. Este sometimiento se efectúa desde varios ángulos: ante la autoridad social, profesional y política del

emisor, siempre acompañada de una imagen adecuada a los ideales sociales del auditorio; ante la autoridad del canal por el que se emite (escrito, radiofónico, televisivo); ante el código lingüístico que emplea, esto es, por un uso armonioso, rítmico, preciso del lenguaje; ante la autoridad del contexto en el que se emite el mensaje (un estrado, una tribuna, un parlamento, una publicación), o nos dejamos impresionar por un tono agresivo, sólido y seguro (2005: 47).

Si aplicamos esta teoría a nuestro estudio, la autoridad del emisor logra el sometimiento de la masa porque este representa los ideales que se le han inculcado y, por consiguiente, le es fiel. La fidelidad se mostraba, por ejemplo, con el Juramento que era obligatorio hacer para afiliarse a Falange, una especie de rito que ligaba en cuerpo y alma al militante con el movimiento. En caso de tratarse de un receptor universitario, este debía creer en la idea transmitida de lo que era y debía ser España, y defenderla. También es efectiva la autoridad del canal, manifestada a través de los discursos y artículos divulgados en las revistas y periódicos citados. El semanario *Haz*, que es nuestra fuente principal de consulta, era conocido por los lectores: estaban suscritos, conocían la distribución de los contenidos, el orden en el que aparecían determinadas consignas políticas, etc.

Del mismo modo, el código lingüístico desempeña su función desde el momento en que esa voz firme, segura, leída u oída, que no deja lugar al debate ni a la reflexión, es acatada y obedecida, porque se cree y se defiende hasta con la propia muerte.

Conclusiones

Con el término *universitario*, el movimiento de Falange Española pretendía construir un tipo de conocimiento nacional, o pensamiento nacional, que tenía que ser el que correspondía al individuo por haber nacido en un determinado territorio y por hablar una lengua común. Con el objeto de abrir nuevas investigaciones, ya entrando en el franquismo, son significativas estas palabras del filólogo e historiador falangista Antonio Tovar, para quien la explicación de que no existiese esa corriente intelectual nacional se debía a que el “hombre rojo había combatido esta historia con valor negativo y odio. Y por haber llevado a cabo una falsificación de ese sentido nacional, parcial y cerrado, incentivaba el separatismo” (1941: 88). Sería interesante estudiar, y lo dejamos para futuros trabajos, cuánto de esto habría en la situación actual de España con el auge de movimientos ultraderechistas y la actitud que toman respecto a la

educación en las escuelas e institutos sobre la asignatura de Historia de España, por ejemplo, y también los partidos tradicionales de derechas o conservadores frente a la izquierda o la izquierda más radical y, específicamente, en el ámbito de la Cataluña independentista, la cual posee referentes históricos o episodios que ensalzan y otros que silencian o ensombrecen.

Para los falangistas, el individuo, además de tener presente el lugar de nacimiento, es decir, su patria, lo que lo hace distinto a otros individuos de otras partes del mundo, tenía que poseer una conciencia de deber con el pasado histórico de su país que le facilitara la comprensión de que, como españoles de aquel tiempo presente, España era una empresa universal, que controló un tiempo muchos lugares. El universitario, por tanto, debía tener ese sentimiento en su formación, y era deber de los profesores recordarlo y potenciarlo, pues, de lo contrario, el concepto histórico se quedaría en un grado inferior de patriotismo, es decir, en lo “folklórico y menudo”, como citaba Tovar (1941: 88-89).

Si ese fin, el de entender España como una unidad de destino en lo universal, llegaba a ser interiorizado por los universitarios, después convertidos en profesionales, los ideales falangistas nunca se extinguirían, puesto que estos estaban basados en una realidad histórica factible; era la propia España la que salía a relucir debido a su labor pasada. Este era el pensamiento de Falange Española. Por eso el SEU quería hacerse con el control de las universidades españolas, para extender ese modo de pensar “a todo español capacitado”, como se lee entre sus fines, es decir, a todo aquel que se encontrara en perfectas condiciones psíquicas, e impedir lo que era una mala representación de la Historia de España por parte de los traidores, de los enemigos. El conocimiento no tenía que servir para crear eruditos o para permanecer únicamente en los centros de estudios, sino que había que llevarlo al pueblo, a la ciudad, recorrer carreteras, atravesar campos, a fin de difundir la conciencia histórica que buscaba la Falange.

En el pensamiento falangista existía la creencia de que España, junto a Alemania e Italia, eran “unidades históricas que vivían gracias a esa conciencia histórica”, en palabras de Tovar (1941: 103). Esto significaba que seguía viva, y no era pasado, no era una historia muerta, como podría ser la de Egipto con sus pirámides. El haber producido historia y guardar conciencia de ella era también un factor clave para mantener los lazos, en el caso español, entre la metrópoli y los territorios que, alguna vez, pertenecieron a la nación. Para Falange Española, en su obsesión por construir Imperio, y en caso de que ese lazo entre España y los países Hispanoamericanos o de Ultramar se destruyera por no

haber mantenido viva la conciencia histórica, serían los españoles quienes quedarían huérfanos, sin anclaje con el pasado, sin destino, puesto que la Hispanidad era un concepto que trascendía al tiempo.

Como hemos señalado, frente a los falangistas, se encontraban los grupos afines a la República, que no representaban a España, y, por tal razón, sus simpatizantes no podían ser considerados españoles, es decir, seguidores de una tradición. El acto de mayor traición que se les atribuía era el de querer eliminar la herencia española a la hora de hacer política y buscar referentes en el extranjero. Por eso la Falange puso en marcha una férrea defensa de lo que había venido significando históricamente España contra las corrientes de pensamiento extranjerizantes, tarea que debía corresponderle a la Universidad, la cual debía mirarse en las de Salamanca y Alcalá de Henares, por ser dos de las que, tradicionalmente, más habían influido en el conocimiento y en la cultura de España y de su Imperio.

Por todo lo referido, la asignación de nuevos significados al término *universitario* no es un ejercicio banal, sino que tras él existe también una inteligente operación para transmitir una imagen degradante del enemigo, además de un interés en ofrecer una doctrina moral católica.

La tarea del sometimiento por medio de la autoridad del código lingüístico es palpable. De Santiago-Guervós reconoce que “la palabra va más lejos” (2005: 50). El término *universitario*, por medio de una voz que representa autoridad, se carga de un nuevo significado que es empleado para manipular al receptor y transmitir sus valores y su ideología.

Todavía quedaba mucho tiempo para que el intelectual, que antes podría haber sido universitario, lograra originar un espacio propio alejado del poder para emitir sus reflexiones con las que estimular a la sociedad, porque, como reconoce Santos Juliá, “el poder siempre es el mismo en todas partes” (2008: 699).

Notas

¹ Como rasgo propio de los movimientos fascistas, el falangismo aspiraba a generar una gran masa social dirigida por un mando único, o por delegados de distintas áreas, directamente elegidos por ese mando, por lo que todos serían “iguales” entre ellos.

² Ya en 1943, las autoridades franquistas no falangistas habían concluido “que deberían iniciar una redefinición básica para diferenciar el régimen y el partido del fascismo en general” (Payne, 1997: 583). De acuerdo con Payne, el franquismo sería fascista solo mientras Falange fuera hegemónica: “El nuevo régimen no era tanto un estado fascista y revolucionario como un sistema autoritario de derechas aderezado con la retórica fascista” (1997: 519). En una línea similar se han expresado Ricardo Chueca y José Ramón Montero al señalar que “el franquismo no fue fascista, pero estuvo fuertemente impregnado de componentes ideológicos presentes en

cualquier concepción fascista” (Chueca y Montero, 1999: 10). Por su parte, Ruiz Carnicer (1993) afirmaba que la decisión de Franco de mantenerse neutral durante la II Guerra Mundial exigió, tras la derrota del Eje, la supresión de la simbología fascista y un retroceso de las posiciones políticas de Falange Española en el aparato gubernamental a favor del sector católico e incluso monárquico para dar cabida a la nueva realidad internacional.

³ *Haz* tuvo una segunda etapa en 1938 en Bilbao. Al finalizar la contienda, se editó en Madrid. Finalmente, desapareció en 1955.

⁴ El clima de desazón y pesimismo que se respiraba en la sociedad tenía su origen en la guerra contra Estados Unidos y la pérdida de las últimas posesiones españolas de Ultramar: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. España había dejado de ser un Imperio. A este episodio le sucedieron otros en el tiempo que, igualmente, conllevaron consecuencias más o menos negativas para el país: la crisis del 14, la Campaña de Marruecos del 21, el desastre de Annual y, sobre todo, la caída de la Monarquía de Alfonso XIII y la proclamación de la II República. Si el llamado “Desastre del 98” suponía una descomposición externa del Imperio español, la República, para los falangistas, significaba la fragmentación interna, por lo que, bajo esta apreciación, ya nada quedaría erguido, y era la existencia misma de España la que requería una urgente intervención.

⁵ El color *rojo*, entre los falangistas, fue utilizado como insulto para referirse a comunistas, anarcosindicalistas, socialistas y republicanos. No obstante, hay que señalar que Primo de Rivera, al menos en sus escritos conservados, no lo utiliza para designar a personas concretas, sino que lo emplea para señalar colectivos. García Santos analiza el sentido del término en el contexto de la II República y advierte que no siempre tiene valor negativo, sino que puede poseer un sentido neutro para identificar a aquellos que pertenecen a los grupos indicados, e incluso positivo para referirse a los que poseen un carácter revolucionario, siempre utilizado por los propios interesados: *Ejército Rojo, zona roja*, etc. (1980: 108-110). El significado del color rojo se radicalizó con la irrupción de la Guerra Civil, tanto en un sentido como en otro, aunque en la España franquista el término con valor positivo fue absolutamente censurado, mientras que, si se utilizaba con ánimo de hacer escarnio, sí se era más permisivo con su uso. La Falange, por su parte, se apropió del color *azul*, presente, por ejemplo, en la camisa con la que se uniformaban, que le concedía la impronta de milicia; también se llamó *azul*, durante la contienda, a la(s) zona(s) liberada(s) del dominio *rojo*. Por otro lado, cuando la cita alude a que “los rojos” siguen la influencia extranjera, se está refiriendo a Rusia, con el sentido señalado.

⁶ Citado de David Jato (1953: 91-92), quien fue un testigo directo.

⁷ El tesón de estas mujeres falangistas universitarias, que querían disponer de espacio propio dentro del SEU, hizo que durante el I Consejo Nacional del SEU, celebrado en abril de 1935, una de ellas, Mercedes Formica, de Derecho, presentase una ponencia para tratar la cuestión femenina dentro de la organización, y logró que José Antonio Primo de Rivera aprobase la creación de unas Secciones Femeninas dentro del SEU en las diferentes facultades, independiente de la Sección Femenina de Pilar Primo de Rivera (Soler Gallo, 2018). No obstante, se disolvió al reorganizarse el SEU e incluir en él al sector masculino y al femenino de forma conjunta, tras el decreto de unificación de abril de 1937, pese a que, en lo que respecta a la mujer, sería Pilar Primo de Rivera la que tuviese todo el control.

⁸ Este autor, después de analizar un corpus de propaganda comunista y hitleriana, establece una serie de reglas importantes para el lenguaje ideológico, que son las siguientes: 1. Regla de simplificación y del enemigo único. 2. Regla de la exageración y desfiguración. 3. Regla de la

orquestración. 4. Regla de la transfusión. 5. Regla de la unanimidad y del contagio (1986: 159-201).

⁹ La Institución Libre de Enseñanza consistió en un proyecto de revolución pedagógica en España, que tuvo sus años fuertes desde 1876 hasta 1936. Estaba inspirado en la filosofía krausista y tuvo una especial trascendencia entre la clase intelectual. Entre otras cuestiones, se preocupó de generar un cambio de paradigma en muchos aspectos, como la propuesta de separación Iglesia-Educación, o la importancia del contacto directo con la vida natural para el alumnado, así como la buena disposición hacia la educación femenina.

Referencias

- Adorno, T. W. (1971).** *La ideología como lenguaje*. Madrid: Taurus.
- Anónimo. (26 de marzo de 1935).** Consigna, en *Haz*, 1, p. 3.
- Anónimo. (26 de marzo de 1935).** Nuestro fin, en *Haz*, 1, p. 5.
- Anónimo. (26 de marzo de 1935).** Universitarios y falangistas, en *Haz*, 1, p. 1.
- Anónimo. (19 de julio de 1935).** La juventud, los mayores y la Falange, en *Haz*, 7, p. 4.
- Carreras Ares, J. J. y Ruiz Carnicer, M. A. (eds.) (1991).** *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975). Actas del congreso celebrado en Zaragoza entre el 8 y el 11 de noviembre de 1989*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Chueca, R. y Montero, J. R. (1999).** Fascistas y católicos, el pastiche ideológico del primer franquismo, en *Revista de Occidente*, 223, pp. 7-24.
- Domenach, J-M. (1986).** *La propaganda política*, Buenos Aires: Eudeba.
- Fernández Almagro, M. (14 de febrero de 1935).** Fundamentación moral del deporte hispánico, en *Haz*, 14, p. 11.
- Fernández Sebastián, J. y Fuentes, J. F. (dirs.) (2008).** *Diccionario político y social del siglo XX español*. Madrid: Alianza.
- Gallego Margalef, F. (2014).** *El evangelio fascista: La formación de la cultura política del franquismo (1939-1950)*. Barcelona: Crítica.
- Gallego Margalef, F. y Morente Valero, F. (eds.) (2005).** *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Gallego Méndez, M.ª T. (1983).** *Mujer, falange y franquismo*. Madrid: Taurus.
- García Santos, J. F. (1980).** *Léxico y política de la Segunda República*. Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca.

- García Santos, J. F. (1987).** El lenguaje político: en la segunda república y en la democracia, en Alvar, M. (coord.), *El lenguaje político*, pp. 89-112. Madrid: Fundación Friedrich Ebert.
- González Escudero, A. (12 de octubre de 1935).** Deporte y Universidad, en *Haz*, 9, pp. 22-23.
- Gracia, J. (2004).** *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*. Barcelona: Anagrama.
- Jato, D. (29 de julio de 1935).** Influencia de la democracia en el deporte, en *Haz*, 8, p. 7.
- Jato, D. (1953).** *La rebelión de los estudiantes. Apuntes para una historia del alegre SEU*. Madrid: CIES.
- Juliá, S. (2008).** Intelectualidad, en J. Fernández Sebastián y J. F. Fuentes (dirs.), *Diccionario político y social del siglo XX*, pp. 693-701. Madrid: Alianza.
- Mainer, J.-C. (2013).** Falange y literatura. Barcelona: RBA.
- Moradiellos, E. (2000).** *La España de Franco (1939-1975). Política y Sociedad*. Madrid: Síntesis.
- Payne, Stanley G. (1997).** *Franco y José Antonio: El extraño caso del fascismo español*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Perelman, Ch. y Olbrechts-Tyteca, L. (1989).** *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos.
- Preston, P. (2011).** *La Guerra Civil Española: reacción, revolución y venganza*. Barcelona: Debolsillo.
- Primo de Rivera, J. A. (1976) [1933].** Discurso de la fundación de Falange Española, en A. del Río Cisneros (ed.), *Obras completas: Escritos y discursos (1922-1936). Vol. I*, pp. 190-194. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Primo de Rivera, J. A. (12 de abril de 1934).** Trabajadores, en *F. E.*, 10, p. 5.
- Primo de Rivera, J. A. (7 de noviembre de 1935).** Juventudes a la intemperie, en *Arriba*, 18, p. 2.
- Primo de Rivera, J. A. (28 de noviembre de 1935).** Derecho y Política, en *Arriba*, 21, p. 2.
- Primo de Rivera, J. A. (26 de diciembre de 1935).** Clausura del II Consejo Nacional del SEU, en *Arriba*, 25, p. 4.
- Rebollo Torío, M. A. (1978).** *Vocabulario Político, Republicano y Franquista (1931-1971)*. Valencia: Fernando Torres.
- Richmond, K. (2004).** *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange*. Madrid: Alianza.

- Ruiz Carnicer, M. A. (1993).** El aparato falangista ante la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945, en *Spagna Contemporanea*, 4, pp. 127-140.
- Ruiz Carnicer, M. A. (1996).** *El Sindicato Español Universitario (SEU), 1939-1965: la socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Ruiz de Alda, J. (2 de abril de 1935).** La Universidad y el SEU, en *Haz*, 2, p. 3.
- Sánchez López, R. (1990).** *Mujer española, una sombra de destino universal: Trayectoria histórica de la Sección Femenina de Falange*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Sánchez Mazas, R. (2 de abril de 1935).** Lo universitario y lo popular, en *Haz*, 2, p. 3.
- Santiago-Guervós, J. de (2005).** *Principios de comunicación persuasiva*. Madrid: Arco Libros.
- Saz Campos, I. (2003).** *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons
- Saz Campos, I. (2004).** *Fascismo y franquismo*. Valencia: Universitat de València.
- Soler Gallo, M. (2018).** Sé mujer antes que estudiante: el ideal de mujer universitaria de la Sección Femenina durante el primer lustro del franquismo, en Y. Romano Martín, S. Velázquez García y M. Bianchi (coords.), *La mujer en la historia de la universidad: retos, compromiso y logros*, pp. 75-87. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Soler Gallo, M. (2019).** Estrategias persuasivas durante la irrupción de la ideología fascista en España: miedo, segregación y desprecio por la política, en *Círculo De Lingüística Aplicada a La Comunicación*, 80, pp. 91-114.
- Tovar, A. (1941).** *El Imperio de España*. Madrid: Afrodisio Aguado.
- Van Dijk, T. (1996).** Análisis del discurso ideológico, en *Versión*, 6, pp. 15-43.
- Van Dijk, T. (1997).** Discurso, cognición y sociedad, en *Signos. Teoría y práctica de la educación*, 22, pp. 66-74.
- Van Dijk, T. (2008).** *Ideología y discurso*. Barcelona: Ariel.
- Winckler, L. (1979).** *La función social del lenguaje fascista*, Barcelona: Ariel.
- Zavala, M. (8 de diciembre de 1936).** Paso a los jóvenes, en *Haz*, 12, p. 5.

Nota biográfica



Miguel Soler Gallo es doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Investiga el discurso político e ideológico y la cultura surgida del fascismo en España. También trabaja sobre la narrativa escrita por mujeres durante los siglos XIX y XX, especialmente durante la época franquista. Ha cursado la Licenciatura en Filología Hispánica en la Universidad de Cádiz y el Máster en Estudios Hispánicos en esta misma universidad. También posee un Máster en Enseñanza del Español como Lengua Extranjera por la Universidad de Salamanca. Actualmente, se encuentra rescatando y editando la obra de la escritora y abogada española Mercedes Formica (1913-2002), pionera en la lucha por la igualdad de los sexos en España. Sus investigaciones pueden consultarse en la web: <https://usal.academia.edu/MiguelSolerGallo>

E-mail: miguel.soler@usal.es